



LAURA GRIFFIN
EL RASTRO DEL
MIEDO

Phoebe

LAURA GRIFFIN

Traducción de M^a José Losada



Phoebe

Título original: Thread of Fear

Primera edición: abril de 2015

Copyright © © 2007 by Laura Griffin

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2015

© de esta edición: 2015, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-23-9

BIC: FRD

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Agradecimientos](#)

Para Lois

Prólogo

*****23:25 p.m. ♥shelB se ha unido a la sala
♥shelB: kiere hablar alguien?
Justin5: chica, k pasa
♥shelB: nada bueno
Justin5: te estaba esperando
♥shelB: quién hay por aquí?
Justin5: solo nosotros
♥shelB: dónde está Kylie de NY?
Justin5: no lo sé. xk no tienes foto?
♥shelB: pronto la pondré
Justin5: pareces muy sexy, lo eres?
♥shelB: jajaja
Justin5: lo digo en serio
♥shelB: gracias
Justin5: tus padres te dejan estar hasta más tarde?
♥shelB: solo está mi madre y no le importa
Justin5: y tu padre?
Justin5: sigues ahí?
♥shelB: murió el año pasado
Justin5: estás de coña
♥shelB: es cierto
Justin5: cómo?
♥shelB: en un accidente de coche
Justin5: qué fuerte!
♥shelB: mi madre me dijo k se quedó dormido, pero
estaba borracho. Ella siempre me miente
Justin5: es increíble!
♥shelB: por?
Justin5: mi padre tb murió en un accidente de coche
el año pasado
♥shelB: k coincidencia!

Justin5: tenemos demasiado en común, quiero conocerte

♥shelB: yo tb quiero conocerte

Justin5: dónde vives?

♥shelB: acaba de llegar mi madre! !

Justin5: hasta luego

*****11:32 p.m. ♥shelB ha salido de la sala

1

Hartsfield-Jackson Atlanta International Airport
Miércoles, 4:05 p.m.

Fiona Glass estaba entrenada para observar rostros, pero incluso aunque no hubiera sido así, habría mirado ese.

El hombre que la observaba desde el otro lado de la explanada abarrotada era un cúmulo de contrastes, desde el nacimiento del pelo, en retroceso, a sus juveniles mejillas sonrojadas. Su cabello era rubio, del mismo tono que el de ella, y un puñado de pecas le salpicaban el puente de la nariz, que le habían roto en algún momento.

Pero fueron los ojos los que realmente capturaron su atención. Eran castaños, serios y estaban clavados en ella.

Fiona se detuvo ante la puerta de llegadas, interrumpiendo el paso al resto de pasajeros.

—Lo siento —murmuró, retirando el *trolley* negro que obstaculizaba a la marea humana.

—¿Señorita Glass?

Ella miró los ojos que le habían llamado la atención minutos antes.

—Garrett Sullivan, FBI —dijo el hombre.

Un agente especial. El traje gris y la anodina corbata deberían haber hecho que se imaginara a qué se dedicaba. Se colgó el abrigo en el brazo y la correa del maletín del hombro para poder estrechar la mano que le acababa de ofrecer.

—No sabía que iban a venir a buscarme —repuso tras retirar la mano—. Tenía pensado coger un taxi.

Él curvó la comisura del labio.

—No me gustaría que se perdiera.

—¿No vamos a comisaría?

—Cambio de planes. —Él se ocupó de la maleta y se incorporó a la marea de personas, creando un camino que ella debía seguir. No era demasiado alto, como mucho un metro ochenta, pero sí voluminoso como un deportista que ha descuidado su forma física.

—¿Ha facturado algo? —preguntó él por encima del hombro.

—No.

Resultaba evidente que todavía no iba a ponerla al tanto de nada, así que lo siguió a través de la explanada. Miró a su alrededor, a los ejecutivos que se apresuraban, se alisó los cabellos que se le habían escapado del moño francés y se subió las solapas de la chaqueta. No le gustaban nada los trajes, pero no se le ocurriría ponerse otra ropa para reunirse con la policía y los agentes del FBI; la mayoría eran hombres. Era la ocasión de usar la ropa resistente a las arrugas que guardaba en la bolsa de viaje que vivía en su coche. El traje gris que llevaba en ese momento era cruzado y tenía la ventaja añadida de ocultar su figura. Parecía un reflejo de ella misma; conservador y profesional.

Parecía Sullivan.

—Vamos a la casa —explicó por fin el agente—. La prensa quiere noticias frescas para las cinco, así que hay programada una rueda de prensa en comisaría dentro de veinte minutos. En este momento las cosas están tranquilas en la residencia, así que hemos pensado que sería un buen momento para ir allí.

—De acuerdo. —Fiona dejó escapar un suspiro y reorganizó mentalmente sus expectativas sobre esa noche. Había esperado que la informaran a fondo del caso antes de que se reuniera con el niño. No quería ir mal preparada y todo lo que sabía sobre ese chico era que estaba «muy traumatizado», lo que podía significar cualquier cosa.

Subieron las escaleras que conducían a la terminal de transportes de superficie y ella se detuvo.

—¿No tenemos que...?

—Salimos por aquí.

La condujo hacia una zona acordonada, cerca del control de equipaje y de los arcos voltaicos detectores de metales. La larga fila de pasajeros serpenteaba de un lado a otro, con las tarjetas de embarque y las identificaciones que necesitarían para el proceso. Uno de los guardias de seguridad saludó a Sullivan con una inclinación de cabeza antes de soltar la cinta retráctil de nylon de la catenaria e indicarles que pasaran. Menos de un minuto después, Fiona estaba en la acera, junto a un Ford Taurus blanco estacionado de manera ilegal en el carril subida y bajada de pasajeros. Sullivan hizo un gesto al guardia de uniforme naranja que recorría la acera mientras le abría a ella la puerta.

Fiona se sentó en el coche, descolocada por el cambio de planes, pero agradecida de que la hubieran recogido en el aeropuerto de manera tan eficiente. Odiaba las terminales. Estaban llenas de gente que, o bien parecía frenética y estresada, o aburrida y cansada.

Se abrochó el cinturón de seguridad y dejó sus cosas a los pies. Hacía calor en el interior del Taurus, lo que significaba que Sullivan no podía llevar mucho tiempo esperando en la terminal. Por alguna razón ese detalle la alivió. Sullivan guardó su equipaje en el maletero y abrió la puerta del conductor, permitiendo el paso a una ráfaga de aire helado. Georgia no era conocida precisamente por sufrir inviernos duros, pero todo el Sur estaba siendo víctima de una ola de frío. Incluso se esperaba nieve en Austin esa misma noche.

Fiona observó cómo el agente se instalaba detrás del volante. Le calculó unos treinta y ocho, quizá cuarenta años.

—Hábleme del caso —pidió.

Él encendió el motor y se incorporó al tráfico.

—Shelby Sherwood. Diez años. Fue vista por última vez la tarde del lunes, por su hermano.

—¿Se la llevaron de su casa?

—Sí. El hombre llegó por la puerta principal. Pensamos que llamó al timbre.

Hasta ese momento solo estaba repitiendo lo que ella ya sabía, y de lo que se había enterado a través de la CNN. Por lo general evitaba los informativos, pero esa mañana había estado pendiente del clima y la historia le llamó la atención. Poco imaginaba entonces que, al cabo de unas horas, abandonaría su clase de arte occidental para dirigirse al aeropuerto.

—Hábleme sobre el testigo —dijo.

Sullivan se giró para coger algo en el asiento trasero mientras seguía conduciendo el vehículo por la interestatal 85.

—Colter Sherwood. Seis años. Acababa de llegar de la escuela y estaba viendo los *Power Rangers* en la sala cuando Shelby abrió la puerta. —Hojeó el dossier en su regazo sin apartar la mirada de la carretera, lo que provocó que a ella se le acelerara el corazón—. Estudia primero de primaria en Green Meadows, en la misma escuela que su hermana.

Sullivan retiró algo de la carpetilla y se lo pasó. Era una copia a color de la foto de Shelby para la escuela, la que había visto en la televisión esa mañana. El liso pelo castaño de la niña llegaba hasta los hombros y llevaba una camiseta a rayas rosas y púrpuras. La imagen la hizo sentir incómoda. La expresión de Shelby no era la sonrisa despreocupada que debería tener una niña de diez años, tampoco era la mirada hosca que podría esperarse de una alumna de secundaria, era una sonrisa tensa, muy consciente de sí misma. Fiona estudió los labios apretados de la cría.

—¿Lleva braquets?

Sullivan la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la imagen. Trata de ocultarlos. ¿Por qué lleva maquillaje?

Él volvió a mirar hacia la carretera.

—También me he dado cuenta de eso. No es demasiado apropiado para su edad, ¿verdad?

—Está en quinto, así que no. En especial si hace quinto en una escuela primaria, como dijo antes. Es necesario poner otra foto de Shelby en circulación cuanto antes.

—Estamos en ello. Al parecer Shelby no sonreía para la cámara porque llevaba aparato.

—¿De cuándo es esa foto?

—De septiembre, creo.

Cuatro meses no habrían cambiado demasiado el aspecto de la chica, eso suponiendo que no se hubiera cortado o teñido el pelo en ese lapso de tiempo. Incluso así, necesitaban otra imagen que mostrara los braquets.

Sonó un claxon cuando Sullivan atravesó bruscamente dos carriles. Ella miró por encima del hombro.

—¿Llegamos tarde?

—Trato de llegar a la casa mientras los periodistas están distraídos —se justificó él—. Nadie sabe que usted está aquí, y nos gustaría que siguiera siendo así.

—Eso será complicado en cuanto hagamos público el boceto, esta noche.

—Eso será si hay algún boceto que publicar. No sabemos si el hermano vio algo.

Ella apartó la vista de la fotografía, sorprendida.

—Entonces ¿para qué estoy aquí?

—Estaba sentado frente a la televisión, a menos de quince metros de la puerta, pero afirma que no vio a nadie.

—¿Y por qué no lo creen?

—Porque cuando la madre llegó a casa de trabajar, el chico estaba angustiado. Shelby se había perdido y lo único que decía era: «Yo no lo vi». Y no ha dicho nada más en los últimos dos días. Nadie puede conseguir que suelte otra cosa, ni su madre ni la policía ni el psiquiatra que llevamos. Está asustado, así que estamos bastante seguros de que vio algo. Por eso la llamamos.

Fiona siguió con la vista clavada en el retrato mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿No cree estar a la altura? —Ella alzó la mirada y vio que Sullivan estaba sonriendo—. Venga ya —insistió él—. Se supone que hace magia con los niños traumatizados. Eso pone en su ficha; usted es la estrella en ascenso del arte forense.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado.

—Este será mi último caso. Voy a retirarme.

En el coche reinó el silencio mientras él digería aquella información. Ella esperó que no la presionara con preguntas, no quería dar explicaciones. Lo único que deseaba era realizar su trabajo y tomar un avión de regreso.

Lo miró de reojo. Sullivan la contemplaba con divertida incredulidad.

—Va a retirarse. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta?

—Veintinueve.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. Ella se puso rígida. No esperaba que la entendiera, pero tampoco le debía explicaciones.

—¿Quién está en casa con Colter? —preguntó, cambiando de tema.

La sonrisa desapareció.

—Su madre y su abuela.

—¿Y el padre?

—Muerto. Falleció por conducir borracho hace aproximadamente un año.

—Bueno...

—La madre no ha salido de la casa desde la noche del lunes —continuó él—. No quiere moverse por si telefonea. Está convencida de que Shelby lleva el móvil, aunque no hemos podido confirmar ese punto.

—¿La madre es una de los sospechosos?

Él la miró de soslayo.

—La madre siempre es sospechosa.

—Ya sabe lo que quiero decir. ¿Ha tenido un comportamiento extraño? ¿Algún novio al que vigilar de cerca?

—Por ahora no. Todo lo que hemos encontrado indica un secuestro muy raro.

Así que Sullivan tenía información que no compartía con ella. No le sorprendió. Su trabajo consistía en proporcionar datos, tanto visuales como de cualquier otro tipo, a los investigadores, pero la información tendía a fluir a su manera. La mayoría de los detectives con los que había trabajado basaban sus actos en la necesidad de conocer, y ella, como artista, no necesitaba saber nada que no estuviera directamente relacionado con el dibujo.

Las notas ahogadas de un fragmento de Vivaldi llegaron desde el bolso, a sus pies. Dejó la carpetilla en el regazo, sobre el abrigo doblado, y rebuscó hasta encontrar el móvil. En la pantalla aparecía un código del área de Texas; era la tercera vez que recibía esa llamada en el día. Sería aquel detective de nuevo. Había dejado dos breves mensajes y estaba posponiendo devolverle la llamada. Tenía que poner fin a eso.

—Fiona Glass —respondió con energía.

—Hola, señora. Soy Jack Bowman, del Departamento de Policía de Graingerville. —Hizo una pausa, como si esperara que ella dijera algo, quizá una excusa por no haberle devuelto las llamadas. No lo hizo—. Es difícil ponerse en contacto con usted.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Bowman? —Notó un nudo en el estómago; temía lo que diría a continuación. Se trataría de un asesinato. De un secuestrador. De que había suelto un violador en serie...

—Bueno, nos enfrentamos a un homicidio y nos gustaría que nos ayudara. —Su voz sonaba relajada, con un dejo texano. Pero ella sintió algo más, percibió una determinación acerada que le dijo que iba a ser una persona difícil de rechazar.

—Lo siento, no puedo ayudarle, señor Bowman. Ahora mismo me estoy ocupando de otro caso. —Sintió la mirada de Sullivan al decirlo—. Va a tener que llamar a otra persona.

Silencio. Aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba. Contuvo la respiración y rezó para que no le hablara sobre la víctima.

—Bien, en realidad ese es el problema, señora. No hay nadie más.

Ella se aclaró la garganta.

—Puede intentar ponerse en contacto con Nathan Devereaux, del Departamento de Policía de Austin. Estoy segura de que podrá ayudarle.

—Es él quien la ha recomendado.

Apretó el móvil con fuerza entre los dedos. Había dicho a Nathan que se retiraba. ¿Qué pasaba allí?

De pronto, Sullivan frenó y salió de la interestatal. Atravesaron algunos semáforos mientras ella miraba por la ventanilla. Parecían estar entrando en un barrio dormitorio, uno como tantos otros que habían surgido a las afueras de las ciudades americanas. El paisaje consistía en una serie de centros comerciales, supermercados gigantescos y verdes prados. Todos los postes telefónicos y las paradas de autobuses estaban adornados con cintas amarillas y papeles que informaban de la desaparición de Shelby Sheewood.

—¿Señora? —La voz de Jack Bowman hizo que volviera a centrarse en él—. ¿Sigue ahí?

—Lo siento, señor Bowman, pero no puedo ayudarle.

Colgó y metió el móvil en el bolso. Mientras cerraba la cremallera, le temblaban las manos. Apretó las palmas contra los muslos y respiró hondo. Tenía que concentrarse en la tarea que le esperaba. Aquel era su último caso; tenía que hacerlo bien.

«Nos enfrentamos a un homicidio». ¿Cuántas veces había oído esas palabras? Demasiadas para contarlas. No